

TERCER DOMINGO DE CUARESMA, CICLO B



MONICIÓN DE ENTRADA

En este nuevo domingo de Cuaresma, cuando ya vamos entrenando nuestro corazón al perdón y la misericordia de Dios, de nuevo el Señor nos sale al encuentro y nos hace preguntarnos acerca de nuestra vida, sobre si nuestras actitudes obedecen a su proyecto sobre nosotros o brotan del orgullo y el egoísmo personal. El Señor nos llama a descubrir en la cruz y en la pasión toda la Vida que va a derramar

por todos y cada uno de nosotros. Expulsemos de nuestro interior y de nuestra vida aquello que nos aleja de la casa del Padre.

LECTURAS

Lectura del libro del Éxodo 20, 1-17

Sal 18, 8. 9. 10. 11 (l.: Jn 6, 68)

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios I, 22-25

Lectura del santo evangelio según san Juan 2, 13-25

ORACIÓN DE LOS FIELES

—Señor Jesús, te pedimos por la Iglesia, por cada comunidad cristiana, para que con nuestro obrar y vivir seamos espacios de autenticidad, de humanidad, de bondad, de generosidad, de gratuidad, de justicias. Roguemos al Señor.

—Señor Jesús, te pedimos por la justicia y la paz del mundo, para que los intereses egoístas cedan el paso a una fraternidad verdadera. Roguemos al Señor.

—Señor Jesús, te pedimos por los que sufren por culpa de la pobreza, las injusticias, la falta de trabajo, de esperanza, para que encuentren en nosotros la acogida y ayuda que necesitan Roguemos al Señor.

—Señor Jesús, te pedimos para que se produzcan los cambios necesarios en las estructuras políticas y económicas de manera que la riqueza esté repartida con justicia. Roguemos al Señor.

—Señor Jesús, te pedimos por los que hoy estamos aquí reunidos en tu nombre, para que demos los pasos necesarios para ir creciendo como comunidad donde nadie pase necesidad ni se sienta excluido. Roguemos al Señor.

MONICIÓN ANTES DE LA COLECTA

El tiempo de Cuaresma que estamos viviendo es tiempo de preparación para la celebración del Misterio Pascual. Un tiempo que nos invita a «volver» a Dios y a la conversión, viviendo la oración, el ayuno y la limosna como actos de autenticidad. Redescubránolos también como signo de solidaridad y de reencuentro con el prójimo. Ésta es la llamada de

Cáritas para la colecta de este domingo: que la atención y el compromiso generoso con los más pobres sean también rasgos que configuren nuestras vidas y la de nuestra comunidad parroquial.

REFLEXIÓN

El Evangelio de hoy presenta, en la versión de Juan, el episodio en el que Jesús expulsa a los vendedores del templo de Jerusalén (cf. Juan 2, 13-25). Él hizo este gesto ayudándose con un látigo, volcó las mesas y dijo: «No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado» (v. 16). Esta acción decidida, realizada en proximidad de la Pascua, suscitó gran impresión en la multitud y la hostilidad de las autoridades religiosas y de los que se sintieron amenazados en sus intereses económicos. Pero, ¿cómo debemos interpretarla? Ciertamente no era una acción violenta, tanto es verdad que no provocó la intervención de los tutores del orden público: de la policía. ¡No! Sino que fue entendida como una acción típica de los profetas, los cuales a menudo denunciaban, en nombre de Dios, abusos y excesos. La cuestión que se planteaba era la de la autoridad. De hecho, los judíos preguntaron a Jesús: «¿Qué señal nos muestras para obrar así?» (v. 18), es decir ¿qué autoridad tienes para hacer estas cosas? Como pidiendo la demostración de que Él actuaba en nombre de Dios. Para interpretar el gesto de Jesús de purificar la casa de Dios, sus discípulos usaron un texto bíblico tomado del salmo 69: «El celo por tu casa me devorará» (v. 17); así dice el salmo: «pues me devora el celo de tu casa». Este salmo es una invocación de ayuda en una situación de extremo peligro a causa del odio de los enemigos: la situación que Jesús vivirá en su pasión. El celo por el Padre y por su casa lo llevará hasta la cruz: su celo es el del amor que lleva al sacrificio de sí, no el falso que presume de servir a Dios mediante la violencia. De hecho, el «signo» que Jesús dará como prueba de su autoridad será precisamente su muerte y resurrección: «Destruid este santuario —dice— y en tres días lo levantaré» (v. 19). Y el evangelista anota: «Él hablaba del Santuario de su cuerpo» (v. 21). Con la Pascua de Jesús inicia el nuevo culto en el nuevo templo, el culto del amor, y el nuevo templo es Él mismo.

La actitud de Jesús contada en la actual página evangélica, nos exhorta a vivir nuestra vida no en la búsqueda de nuestras ventajas e intereses, sino por la gloria de Dios que es el amor. Somos llamados a tener siempre presentes esas palabras fuertes de Jesús: «No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado» (v. 16). Es muy feo cuando la Iglesia se desliza hacia esta actitud de hacer de la casa de Dios un mercado. Estas palabras nos ayudan a rechazar el peligro de hacer también de nuestra alma, que es la casa de Dios, un lugar de mercado que viva en la continua búsqueda de nuestro interés en vez de en el amor generoso y solidario. Esta enseñanza de Jesús es siempre actual, no solamente para las comunidades eclesiales, sino también para los individuos, para las comunidades civiles y para toda la sociedad. Es común, de hecho, la tentación de aprovechar las buenas actividades, a veces necesarias, para cultivar intereses privados, o incluso ilícitos. Es un peligro grave, especialmente cuando instrumentaliza a Dios mismo y el culto que se le debe a Él, o el servicio al hombre, su imagen. Por eso Jesús esa vez usó «las maneras fuertes», para sacudirnos de este peligro mortal. Que la Virgen María nos sostenga en el compromiso de hacer de la Cuaresma una buena ocasión para reconocer a Dios como único Señor de nuestra vida, quitando de nuestro corazón y de nuestras obras todo tipo de idolatría.

Papa Francisco, ÁNGELUS, Plaza de San Pedro, domingo 4 de marzo de 2018